

El Juicio final

APARTADO 1.º

HECHO DEL JUICIO

1. *Reflexión previa*

Al fin del mundo Cristo aparece no en figura de siervo, sino en la gloria de la Resurrección y Ascensión. La vuelta de Cristo significa, por tanto, la revelación total del amor divino aparecido en Cristo. Así se entiende el anhelo del primitivo Cristianismo por la

segunda venida o, mejor, por la pública venida del Señor. Pero esta definitiva manifestación de Cristo es a la vez juicio. Cristo viene como juez. El mundo será juzgado por El al fin de los tiempos. En este juicio final los juicios particulares no serán ni revisados, ni anulados, ni declarados definitivos; desde el primer momento son definitivos. En el juicio final serán confirmados.

Al juicio final están sometidos los malos y los buenos (*I Pet.* 4, 14). Pero tiene significación distinta para los pecadores y para los buenos. Para los buenos significa confirmación de su comunidad con Cristo, para los pecadores significa condena y condenación. Para unos es juicio de gracia y de salvación y para otros es juicio de maldición. Ningún acusador tendrán los buenos (*Rom.* 8, 31-34; *Io.* 5, 45; *Apoc.* 12, 10). San Juan dice en el Apocalipsis que a Satanás se le arrebatan para siempre los plenos poderes que le habían sido concedidos para acusar ante Dios a los "hermanos", a los cristianos mientras duraba la historia. Por ser hijos de Dios son conciudadanos de los santos y domésticos de Dios (*Eph.* 2, 19). Los elegidos de Dios no tienen por qué preocuparse de que un malvado los denuncie a Dios. San Juan oye el júbilo de los bienaventurados porque se ha puesto fin a las calumniosas acusaciones del diablo. Al fondo de esta descripción tal vez esté el hecho de las delaciones tan abundantes en tiempos del emperador Domiciano y que tantas víctimas cristianas tuvieron como consecuencia. La alusión del vidente sería así un consuelo para los cristianos. Cuando Cristo venga a juzgar no habrá por qué tener miedo a los delatores. Nadie los acusará (*Rom.* 8, 31-34). A los ateos, el juicio les acarreará desgracia y condenación, pero para los amigos de Dios será juicio de salvación y de gracia.

Mientras que en la antigüedad cristiana, al profesar la fe en el juicio final, el acento recae sobre el hecho de que el día del juicio traerá la salvación definitiva a los buenos y la esperanza está, por tanto, en el primer plano de la conciencia creyente, en la Edad Media se va destacando cada vez más la idea—también contenida en la fe en el juicio final—de que Cristo volverá y examinará nuestras vidas. La antigua confianza en el día del Señor fué desplazada por la angustia y el miedo a ese día. Cuanto más se multiplicaron los pecados dentro de la Iglesia, tanto más tuvo que acentuar la Iglesia la seriedad del juicio. Y así empezaron los creyentes a hacerse la angustiosa pregunta: ¿Qué responderé yo, miserable? (Véase el himno *Dios irae*; la expresión más violenta de esta actitud son los frescos de Miguel Angel sobre el juicio final).

2. *Doctrina de la Iglesia*

Respecto al hecho del juicio universal, es dogma de fe que *después de la resurrección el mundo será juzgado*. La Iglesia profesa este dogma siempre que confiesa la vuelta de Cristo. Cfr. § 309. Hasta qué punto conforma la vida, se deduce del hecho de que la Iglesia ha recogido ese dogma en su oración diaria (*Símbolos apostólico y nicenoconstantinopolitano*).

Muchos *juicios particulares* preceden al juicio final; en ellos son determinados definitivamente los destinos de los hombres en particular. Los juicios particulares no serán ni revisados ni corregidos en el juicio universal, sino que serán confirmados y dados a conocer públicamente. En este sentido, el juicio universal es llamado *juicio final*.

3. *Testimonio de la Escritura en el AT*

El juicio universal tiene una *larga prehistoria* que se extiende por toda la historia humana. El AT y NT dan testimonio de él.

a) El AT dice que el juicio de los pecados empezó el primer día de la historia humana, ya que los hombres pecadores fueron expulsados del Paraíso y un ángel con espada de fuego vigiló su entrada. Se continuó en el diluvio y a través de las catástrofes de los siglos. Cada vez se profetiza con más insistencia el día en que serán expiados todos los pecados. Es el "día del Señor"; atribulará a su pueblo y a todos los pueblos para vengar todas las injusticias; con estas palabras se alude en primer lugar a las catástrofes nacionales y caída de pueblos, estados, culturas y ciudades.

Como todas las profecías viejotestamentarias, las amenazas de juicio deben ser entendidas con perspectiva. El juicio de Dios se hará por grados sucesivos a través de los siglos. Cada juicio particular es una fase en la ejecución del juicio final. Cada uno de ellos alude al futuro. Todas las tribulaciones son transparentes y detrás de ellas se ve irrumpir y ascender una nueva. Detrás de cada catástrofe se adivina una más terrible, hasta que llegue el día aludido por todos los anteriores días al día del juicio.

Karl Barth describe estas relaciones de la manera siguiente:

“¿Qué significa “juicio” en el AT? El juicio se cumple primeramente de modo muy concreto y muy a menudo en forma de desgracias nacionales desde la plaga de serpientes en el desierto hasta la destrucción de Jerusalén. Sin el terrible primer plano de una concepción de esta especie, que, según el AT, a pocas generaciones de este pueblo va a poder ser ahorrada, sin la imagen realísima de una multitud de muertos y de las largas filas de exilados, no se sabe lo que es el juicio en el AT. Y, sin embargo, a la idea viejotestamentaria de juicio no le viene su seriedad y rigor de ahí. Pues detrás de todo eso hay algo más terrible: el fin del amor de Dios, el repudio y todavía más: la abrasadora ira de Dios sobre todos los pueblos, el juicio universal. Esto no es presente, es futuro en el más estricto sentido. Pero ese futuro es lo que importa justamente en el presente. Más allá de las llamas encendidas por los enemigos y que devastan Samaria y Jerusalén, pero también en definitiva Nínive y Babilonia, ven los profetas esta otra llama inapagable. Y de ese segundo plano, del juicio futuro, hablaron al hablar amenazadores y decididos de aquel primer plano.”

b) El “día del Señor” de que hablan los profetas viejotestamentarios es primariamente el día en que Dios mismo entra en la historia humana, el día de la encarnación. Juan Bautista le profetiza como día de juicio: “Como viera a muchos saduceos y fariseos venir a su bautismo, les dijo: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira que os amenaza? Haced frutos dignos de penitencia, y no os forjéis ilusiones diciendo: Tenemos a Abraham por padre. Porque yo os digo que Dios puede hacer de estas piedras hijos de Abraham. Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé fruto será cortado y arrojado al fuego. Yo, cierto, os bautizo en agua para penitencia, pero detrás de mí viene otro más fuerte que yo a quien no soy digno de llevar las sandalias; El os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego. Tiene ya el biello en su mano y limpiará su era y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja en el fuego inextinguible” (Mt. 3, 7-12).

En Cristo alcanzan, pues, su punto culminante los juicios viejotestamentarios. En El empezó la fase del juicio que es la introducción del discernimiento definitivo de los hombres. Pues Cristo fué puesto para caída de algunos y resurrección de muchos (Lc. 2, 34). Lo empezado por Cristo se completa en el juicio final. Su manifestación, su palabra y su obra preparan el juicio final y lo introducen en la historia realizándose en el juicio que Cristo significa durante su vida terrena y a través de los siglos.

4. *Testimonio de la escritura en el NT*

Ya hemos explicado en qué sentido es Cristo un juicio para la humanidad (§§ 156-57). Quien se acerca a Cristo en la fe y a través de El se dirige al Padre, es libre de la maldición del pecado. Pero quien lo rechaza, queda bajo la maldición; no necesita ya ser juzgado; ya está juzgado (*Io.* 5, 24; 12, 37-48; 16, 11).

Por feliz que sea el mensaje de la Cruz para los creyentes, para los que se cierran a él y lo rechazan es catastrófico. Ahora están doblemente perdidos y caen en un juicio mucho peor. Se enmarañan mucho más en su soberbia, porque cuanto más cerca viene Dios, tantos más esfuerzos tienen que hacer para perseverar en su orgullo e independencia.

Desde la muerte de Cristo irrumpen en el mundo que rechaza a Cristo juicios punitivos siempre nuevos y siempre crecientes por culpa del pecado. Cuanto más intenso se haga el apartamiento de Dios, tanto más fuertes serán los juicios de Dios. En las catástrofes de toda especie, en la caída de reinos y ciudades, empezando por la destrucción de Jerusalén hasta la aniquilación de Babilonia, en el fuego que devora hombres, casas y animales, en el mar que se traga campos y bosques, en las guerras que matan ejércitos y pueblos, Dios juzga al mundo que desprecia su amor y reniega de la Cruz de su Hijo.

El *sentido* de todos los juicios divinos anteriores al juicio universal es la revelación de la gloria de Dios, que no permite que nadie se burle de ella, pero a la vez es la salvación de los hombres. Los juicios de Dios llaman a reflexión y guardan de la condenación del último juicio. Pero los hombres no se convierten. Se endurecen en su vanidad, egoísmo y orgullo, cuando los juicios de Dios se hacen más duros. Sienten que es la mano de Dios que se posa sobre ellos, pero maldicen a quien quiere salvarlos y terminan con la maldición en los labios, mientras podían haberse salvado diciendo una sola palabra de adoración (*Apoc.* 16, 19-21).

El Apocalipsis de San Juan describe los últimos juicios de Dios, antes del juicio final, en imágenes llenas de pavor y terror.

La visión del capítulo 14 demuestra que las últimas tribulaciones deben ser interpretadas como juicios de Dios. San Juan la describe así: "Miré y vi una nube blanca, y sentado sobre la nube a uno semejante a un hijo de hombre, con una corona de oro sobre su cabeza y una hoz en su mano. Salió del templo otro ángel, y gritó con fuerte voz al que estaba

sentado sobre la nube. Arroja la hoz y siega, porque es llegada la hora de la siega, porque está seca la mies de la tierra. El que estaba sentado sobre la nube arrojó su hoz sobre la tierra, y la tierra quedó segada. Otro ángel salió del templo que está en el cielo, y tenía también en su mano una hoz afilada. Y salió del altar otro ángel que tenía poder sobre el fuego y clamó con fuerte voz al que tenía la hoz afilada, diciendo: Arroja la hoz afilada y vendimia los racimos de la viña de la tierra, porque sus uvas están maduras. El ángel arrojó su hoz sobre la tierra, y echó las uvas en la gran cuba del furor de Dios, y fué pisada la uva fuera de la ciudad y salió la sangre de la cuba hasta los frenos de los caballos por espacio de mil seiscientos estadios" (*Apoc.* 14, 14-20).

Como el cristiano sabe que a pesar de su comunidad con Cristo sigue siendo pecador, desea los juicios anteriores al final, para sustraerse a éste. Las tribulaciones de la vida son una forma de juicio. Pero hay otro espacio en que Dios hace sus juicios de amor; quienes los desprecian son condenados; es el ámbito del misterio, el mundo de los sacramentos.

El juicio final es, pues, preparado por múltiples y variados signos. Todos estamos suficientemente prevenidos de su implacable seriedad.

Durante su vida terrena Cristo ya aludió a esa su última palabra sobre la historia humana (*Mt.* 16, 27; *Lc.* 22, 30; *Io.* 5, 22). El juicio al fin de la historia humana concede su importancia y responsabilidad a la misma historia. Vale la pena hacer cualquier sacrificio por escapar al juicio del último día. La condenación cae tanto sobre quienes se cierran al mensaje del reino de Dios como sobre quienes no configuran su vida según ese mensaje. "No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor!, ¿no profetizamos en tu nombre, y en nombre tuyo arrojamos los demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Yo entonces les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad" (*Mt.* 7, 21-23).

En las profecías del fin del mundo da Cristo una descripción metafórica de la ejecución del Juicio: "Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los ángeles con El, se sentará sobre su trono de gloria, y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el rey a los que están a la derecha: Venid: benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; pe-

reginé y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; preso y vinisteis a verme. Y le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? Y el rey les dirá: en verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis. Y dirá a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; fui peregrino y no me alojasteis; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. Entonces ellos responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo, o en prisión y no te socorrimos? El les contestará diciendo: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer esto con uno de estos pequeñuelos, conmigo dejasteis de hacerlo. E irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna" (*Mt.* 25, 31-46). Cfr. *Mt.* 13, 24-43.

La profecía de Cristo sobre el juicio final es una parte fundamental de la *predicación apostólica*. Los Apóstoles tenían—como dice San Pedro—la misión de predicar al pueblo que Cristo ha sido nombrado por Dios Juez de vivos y muertos (*Act.* 10, 42). También San Pablo predica en Atenas que Dios ha determinado un día para juzgar al mundo en justicia (*Act.* 17, 31; cfr. 24, 25; *II Cor.* 5, 10; *II Thess.* 1, 5-10; *Tim.* 4, 1. 8; *Hebr.* 6, 2; 9, 27; 10, 27; 12, 23; 14, 4; *I Pet.* 1, 17; *II Pet.* 2, 3; *Io.* 4, 17; *Sant.* 2, 13; *Jud.* 6, 15; *Apoc.* 6, 10; 11, 18).

Dios retarda el juicio para dejar a los hombres tiempo de hacer penitencia. El tiempo que transcurre hasta la vuelta de Cristo es tiempo de conversión y arrepentimiento. Es signo de la paciencia que Dios tiene con el hombre (*II Pet.* 3, 9). Cuando se pase ese tiempo, ya no habrá más plazos (*Apoc.* 10, 6). Quien pensando en la longanimidad de Dios haya perseverado confiadamente en sus pecados, tendrá que oír: "¿O es que desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad, desconociendo que la bondad de Dios te atrae a penitencia? Pues conforme a la dureza y a la impenitencia de tu corazón, vas atesorándote ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, que dará a cada uno según sus obras; a los que con perseverancia en el bien obrar buscan la gloria, el honor y la incorrupción, la vida eterna; pero a los contumaces, rebeldes a la verdad, que obedecen a la injusticia, ira e indignación" (*Rom.* 2, 4-8). Cfr. *II Pet.* 3, 9.

El día del Señor revelará las obras de todos ante todo el mundo (*I Cor.* 3, 12-15). Como antes dijimos, en la predicación apostólica

del juicio universal se acentúa el hecho de que los cristianos son liberados de las tribulaciones que el pecado les depara, mientras que los incrédulos y pecadores son condenados. San Pablo cuenta con la salvación de quienes se someten obedientemente a Cristo (*Rom.* 8, 31-32; *I Cor.* 5, 5; cfr. también *I Io.* 4, 17). Consuela a sus lectores diciendo que el Señor vendrá en su gloria y les aconseja que sufran de forma que se hagan dignos del Señor. Véase Herntrich y Büchsel, en *Diccionario Kittel del Nuevo Testamento*, III, 920-955; F. Guntermann, *Die Eschatologie des hl. Paulus*. 1932, 201-264.

APARTADO 2.º

ESENCIA DEL JUICIO

1. *Apocalipsis de San Juan*

El Anticristo espera asegurar su poder aniquilando la gran ciudad y matando a los secuaces poco dignos de confianza. En realidad está al servicio de las intenciones de Dios y se convierte en sepulturero de su reino. Su sabiduría resulta locura. De la ciudad cuya destrucción ha sido proclamada por el ángel, sólo queda un montón de ruinas y escombros. En las murallas que parecían construídas para milenios ya no habitan hombres orgullosos, sino espíritus impuros y horrendos animales. La ciudad, imagen de la plenitud de la vida y de la riqueza, de la seguridad y protección (*Geborgenheit*), se ha convertido en lugar de desolación y pobreza, de horror y vacío. Han desaparecido la luz, la vida y la alegría y en su lugar imperan las tinieblas, la tristeza y la muerte (cap. XVII).

Por grande que sea la seducción de los poderes antídios a través de los siglos y por destacados que sean sus éxitos, al fin de los tiempos Cristo, al volver, los desenmascarará como impotentes y vacíos. Su fin será *prologado*, según contempla San Juan en sus visiones, por la destrucción de la escatológica capital del reino mundial anticristiano. Muchas veces las imágenes describen la realización y ejecución del juicio. El vidente contempla en varias visiones la gran ciudad del Anticristo llena de poder y riqueza; la llama *Babilonia*; tal nombre no significa en el Apocalipsis la antigua ciudad del imperio babilónico, sino que la ciudad del Anticristo lleva ese nombre porque Babilonia era para los israelitas el ápice del poder ateo e idólatra, su enemigo mortal en el ámbito político y mucho más en el religioso. La Hy-

bris humana se construyó allí en remotísimos tiempos un monumento en forma de torre-espiral (*Gen.* 11, 1-8). Continuamente humilló Dios el orgullo titánico de esa ciudad (*Is.* 13-14; *Jer.* 50-51; *Dan.* 2, 31-32). Orgullosamente había llamado Nabucodonosor a su residencia Babilonia la grande; inmediatamente fué castigado por ello desde el cielo (*Dan.* 2, 31 s.). Esta Babilonia histórica yacía desde hacía mucho en ruinas, pero seguía siendo el símbolo de ciudad atea e inmoral. En el Apocalipsis, Babilonia es el nombre de la capital escatológica del mundo en el imperio del Anticristo, del centro de todo ateísmo e inmoralidad, del punto de partida de todo odio contra el reino de Dios y de Cristo. Es el revés del monte de Sión, sobre el que San Juan contempla al Cordero, invicto y poderoso (*Apoc.* 14, 1-2). Mientras que los poderes anticristianos proceden de la profundidad en que reinan las tinieblas y el caos, el Cordero viene del monte, de la altura, de los dominios de Dios. De Sión está prometida la salvación. (*Is.* 28, 16-17; 30, 19; 40, 9; 52, 7-8; 59, 20; 60; 62; *Joel.* 3, 5; *Mt.* 18, 20; *Jo.* 4, 18). El Salvador que viene de arriba y no de abajo impera en el monte santo de la cercanía de Dios (*Sal.* 2, 6; 48 [47], 2-3; 110 [109], 2). Es descrito como cordero, porque vive entregándose por el mundo. Mientras que el Anticristo oprime y destruye al mundo, Cristo se sacrifica por su salvación. Los cristianos forman su séquito. San Juan ve un gran número—144.000—en el séquito y guardia del Cordero; todos llevan su nombre. El número es símbolo de plenitud y perfección.

La ciudad anticristiana es vista por San Juan bajo la imagen de una ramera (17, 1-8). Está sentada sobre un animal rojo escarlata y sobrecargada de joyas. Es símbolo de la desvergüenza, idolatría y de la embriaguez de sangre (17, 18).

Antes de que la ciudad anticristiana sea destruída, Dios hace oír la última advertencia; un poderoso ángel le anuncia; tiene forma de un eterno mensaje de salvación. Su contenido dice: Dios es el rey. Quien se le someta, participará de su gloria. El mensaje se dirige a todos los pueblos, tribus, idiomas y naciones: a toda la Humanidad. El ángel que lo anuncia vuela por el espacio del cielo; está ante los ojos de todo el mundo. Con voz sonora clama: "Temed a Dios y dadle gloria, porque llegó la hora de su juicio, y adorad al que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas" (14, 7). Quien no se someta al reinado de Dios, tendrá que caer. Su juicio está pronunciado (14, 8). Afecta también a todos los que han caído en el ateísmo de la ciudad anticristiana. Quien adore al animal o a su imagen y lleve su signo en la frente o en la mano derecha, deberá beber el vino de la ira de Dios, que está sin mezclar en el cáliz de su ira (14, 9). La decisión es definitiva (14, 11; 16, 19).

La caída de los poderes anticristianos es un acontecimiento tan increíble que es conveniente profetizarla varias veces y con creciente claridad y precisión. San Juan oye la segunda proclamación de la decisión celeste de destruir Babilonia. El heraldo es de nuevo un ángel poderoso; brilla reflejando la plenitud de la luz divina; su brillo y esplendor iluminan la tierra. Otro ángel da a conocer la destrucción de la ciudad con un gesto simbólico; levanta una piedra, pesada como la rueda de un molino, y la precipita en el mar clamando: "Con tal ímpetu será arrojada Babilonia, la gran ciudad, y no será hallada. Nunca más se oirá en ella

la voz de las citaristas, de los músicos, de los flautistas, y de los trompeteros, ni artesanos de ningún arte será hallado jamás en ti, y la voz de la muela no se oirá ya más en ti, la luz de la lámpara no lucirá más en ti, ni se oirá más la voz del esposo y de la esposa, porque tus comerciantes eran magnates de la tierra, porque con tus maleficios se han extraviado todas las naciones, y en ella se halló la sangre de los profetas y de los santos y de todos los degollados sobre la tierra" (18, 21-24). Los que piensan terrenamente cantan una lamentación a la caída de Babilonia; son los que habían caído en la embriaguez del poder y del dinero, en la inclinación al placer y a la glotonería. Al terminar la ciudad pierden todo lo que llenaba su corazón. En una hora todo se ha acabado, como si no hubiera existido. Pero los "celestiales" entonan un canto de júbilo, un himno de alabanza a Cristo vencedor, al amor, a la verdad y a la justicia.

La caída de los poderes anticristianos anunciada por el poderoso mensajero de Dios es provocada por las obras enemigas y destructoras del mundo hechas por el Anticristo mismo; sólo aparentemente es salvador; en realidad es el enemigo y corruptor del mundo por su misión diabólica. Los poderes anticristianos se destruyen a sí mismos. San Juan contempla la autodestrucción de los poderes anticristianos en una horrorosa visión. El Anticristo se enciende en celos y odio contra la ramera, que encarna su propia ciudad. La roba hasta dejarla desnuda y después la mata y junto con sus vasallos la descuartiza y la incinera (*Apoc.* 17, 16). La naturaleza diabólica y de animal de presa que tiene el Anticristo irrumpe en la locura de destruir por la destrucción misma. Su dominio no soporta competidor ni competidora y la ciudad debe perecer porque ha empezado a ser demasiado poderosa y peligrosa. En su ira no se da cuenta que al destruir la ciudad sepulta su propia existencia; corre desbocado y ciego hacia su perdición.

El primero que es arrastrado en la caída de la ciudad es el Anticristo mismo. Por un momento parece que al destruir la ciudad ha aumentado su poder; ya no hay rivales y puede emplear todo el poder político y militar de la tierra contra Cristo y los cristianos (*Apoc.* 16, 16). Lo reúne todo y hace sus planes. Pero su hora ha llegado. Su poder es sólo aparente. No necesita mucho esfuerzo para caer; basta la venida de Cristo. San Juan contempla a Cristo, vencedor, en una luminosa visión: "Vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que le monta es llamado Fiel, Verídico, y con justicia juzga y hace la guerra. Sus ojos son como llama de fuego, lleva en su cabeza muchas diademas, y tiene un nombre escrito, que nadie conoce sino él mismo, y viste un manto empapado en sangre, y tiene por nombre Verbo de Dios. Le siguen los ejércitos celestes sobre caballos blancos, vestidos de lino blanco, puro. De su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y El las regirá con vara de hierro y El pisa el lagar del vino poderoso. Tiene sobre su manto y sobre su muslo escrito su nombre: Rey de reyes, Señor de señores.

Vi un ángel puesto de pie en el sol, que gritó con una gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan por lo alto del cielo: Venid, congregaos al gran festín de Dios, para comer las carnes de los reyes, las carnes de los tribunos, las carnes de los valientes, las carnes de los

caballos y de los que cabalgan en ellos, las carnes de todos los libres y de los esclavos, de los pequeños y de los grandes.

Y vi a la bestia, y a los reyes de la tierra, y a sus ejércitos, reunidos para hacer la guerra al que montaba el caballo y a su ejército. Y fué apri- sionada la bestia, y con ella el falso profeta que hacía señales delante de ella, con las cuales extraviaba a los que habían recibido el carácter de la bestia y a los que adoraban su imagen; vivos fueron arrojados ambos al lago de fuego, que arde con azufre. Los demás fueron muertos por la espada, que le salía de la boca al que montaba el caballo, y todas las aves se hartaron de sus carnes" (*Apoc.* 19, 11-21).

Mientras que de la destrucción de Babilonia sólo oye el tumulto, San Juan contempla en una serie de visiones la caída de la tríada infernal. Por tercera vez (cfr. 4, 1; 11, 19) se abre el cielo. San Juan ve a Cristo jinete en un caballo blanco, es decir, como vencedor y triunfador, a la cabeza de un gran ejército que viene de la ciudad celeste y entra en el mundo, donde no fué recibido la primera vez (*Jo.* 1, 11); pero ahora somete y destruye todo lo que se le opone y lleva a los suyos a la vida celestial. Lo que el vidente contempla no es todavía la profetizada vuelta de Cristo, sino su prólogo e introducción. San Juan contempla la destruc- ción de los poderes anticristianos en una gran visión: el triunfo del triunfador celestial. Contempla a Cristo entre el esplendor de numerosas diademas y con los símbolos de la dignidad regia. El dragón se había puesto siete diademas y diez el animal del abismo. Cristo tiene innume- rables diademas. A El compete la máxima dignidad de dominador. Es Señor y Rey de todos los señores y reyes de la tierra. Por eso su ser es misterioso. Nadie puede entenderlo del todo. Por eso no existe tam- poco un nombre con el que pueda llamársele perfectamente. Su ver- dadero nombre es conocido por el Padre solamente (*Mt.* 11, 27). Es un nombre sobre todo nombre (*Act.* 4, 2; *Philip.* 2, 9). En nombres distintos intenta la visión explicar al vidente el ser de Cristo; lleva el nombre de "fidelidad" y "verdad", "palabra de Dios", "rey de reyes" y "señor de los señores". Cada nombre revela un aspecto de su ser; Cristo ha permanecido fiel a los suyos. Antes de marchar del mundo, en que ellos tenían que seguir estando, prometió que volvería y que marchaba a preparar las moradas de los suyos en la ciudad celestial. Ahora cumple sus promesas.

Los orgullosos adoradores del animal habían gritado en otro tiempo: ¿quién puede compararse al animal?, ¿quién puede luchar con él? (*Apoc.* 13, 4). Ahora les alcanza la ira del Hijo del hombre. El fuego del juicio salta de sus ojos; nadie puede resistirlo. Los enemigos han hecho frente contra El (*Apoc.* 11, 18; 16, 14; 17, 14). Pero El es más fuerte, el que maniat a los fuertes de este mundo (*Mc.* 3, 27; *Lc.* 11, 21). Con majestad y sosiego divinos va a la lucha, que está decidida antes de que empiece. Basta una palabra de la boca de Cristo para arrojar al polvo a los enemigos orgullosos. Su palabra de juicio es como una espada afi- lada que pasa entre los enemigos y los aniquila (*Sab.* 18, 14-16). San Pablo escribe a los Tesalonicenses, que el Anticristo será matado por Cristo con el aliento de su boca (*II Thess.* 2, 8).

El Anticristo y su profeta serán arrojados al abismo de que salieron para dominar al mundo. Del infierno habían recibido su misión y sus

podere y al infierno vuelven. El infierno es descrito en la imagen de un charco de fuego lleno de azufre mal oliente. En la escritura es descrita muchas veces con esa imagen la justicia punitiva de Dios (*Gen.* 19, 24; *Num.* 16, 30; *Is.* 34, 9; 66, 24; *Ez.* 38, 22; *Dan.* 7, 1; *Apoc.* 14, 10). Después estudiaremos el infierno más detenidamente.

La aniquilación de las fuerzas antidivinas ocurrirá en un *momento*.

Primero será vencido el *dragón*. Antes de su derrota definitiva estará atado *mil años*. "Vi un ángel que descendía del cielo, trayendo la llave del abismo y una gran cadena en su mano. Cogió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo, Satanás, y le encadenó por mil años. Le arrojó al abismo y cerró, y encima de él puso un sello, para que no extraviase más a las naciones hasta terminados los mil años, después de los cuales será soltado por poco tiempo. Vi tronos, y sentáronse en ellos, y fuéles dado el poder de juzgar, y vi las almas de los que habían sido degollados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y cuantos no habían adorado a la bestia, ni a su imagen, y no habían recibido la marca sobre su frente y sobre su mano; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Los restantes muertos no vivieron hasta terminados los mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; sobre ellos no tendrá poder la segunda muerte, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con El por mil años. Cuando se hubieren acabado los mil años, será Satanás soltado de su prisión, y saldrá a extraviar a las naciones que moran en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y Magog, y reunirlos para la guerra, cuyo ejército será como las arenas del mar. Subirán sobre la anchura de la tierra, y cercarán el campamento de los santos y la ciudad amada. Pero descenderá fuego del cielo y los devorará. El diablo, que los extraviará, será arrojado en el estanque de fuego y azufre, donde están también la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos" (*Apoc.* 20, 1-10).

Este texto del Apocalipsis ha dado ocasión al *milenarismo*. Los *quiliastas* (de *chilioi*=100) o milenaristas suponen que antes de la venida de Cristo habrá un reinado de paz de mil años. Tales esperanzas fueron alimentadas también por los sueños de la edad de oro, tan difundidos entre la paganía y por la apocalíptica del judaísmo tardío, que interpretó las promesas viejotestamentarias como referidas a un estado paradisíaco de la tierra. Se suponen dos resurrecciones: una al principio del reino milenarista, concedida a los santos, y otra—al fin de los mil años—para todos los demás. El milenarismo ha vacilado entre esperanzas burdamente materialistas e ideas perespiritualizadas. Así, por ejemplo, algunos milenaristas suponen que se concederán cien mujeres a quien renuncie a su mujer en este mundo.

En la Antigüedad fué defendido el milenarismo por algunas sectas y por una serie de escritores cristianos. San Agustín rechazó decididamente la interpretación milenarista de forma que desapareció casi totalmente de la conciencia de su tiempo, hasta que volvió a renacer en la modernidad. San Agustín interpreta los mil años aludidos por el Apocalipsis no como determinación temporal, sino como definición cualitativa de la época que empieza con Cristo. Parte con razón del supuesto de que los números del Apocalipsis deben ser entendidos simbólicamente y de que la interpretación literal comete la grave falta metodológica de desco-

nocer el sentido de la visión y tomar al pie de la letra lo que debe interpretarse simbólicamente, Según San Agustín, el estar atado Satanás significa la superación fundamental de los demonios por la obra salvadora de Cristo. Los mil años significan la época empezada por Cristo y fundamentalmente liberada de Satán; se extiende desde la ascensión hasta la vuelta de Cristo. Antes de volver Cristo el diablo será puesto en libertad por corto tiempo y hará todo lo posible por perseguir a los cristianos. Por primera resurrección entiende San Agustín el tránsito de la vida mortal y pecadora a la vida libre de pecado y unida a Dios.

Recientemente algunos seguidores de San Agustín han añadido que las ataduras de Satanás son relativas: sólo frente a los creyentes (Allo, Karrer). Según el Apocalipsis (7, 3) llevan un signo en la frente para que el mal no pueda nada contra ellos. Para los mundanos no está atado el diablo. La palabra "después" de la expresión "después de mil años", no debe ser entendida, según estos teólogos, temporalmente, sino como referida a un cambio de lugar. Quien abandone la comunidad de Cristo y se adscriba al mundo anticristiano, entra en el reino del diablo. Satanás está a la vez atado y suelto. Su libertad dura sólo un poco de tiempo, no en sentido de duración temporal, sino en el sentido de una determinación de rango. Apenas tiene importancia frente a la plenitud mesiánica de bendiciones. Temporalmente puede durar mucho tiempo.

En la *modernidad* ha sido aceptada la interpretación milenarista por por muchas sectas, por ejemplo, por los apocalípticos, los flagelantes, los taboritas, los hermanos bohemios, los anabaptistas, los pietistas—sobre todo A. Bengel—, los adventistas, los mormones, los "primeros investigadores de la Biblia". Lo que San Agustín dijo contra los milenaristas de la antigüedad, se puede aplicar también a los modernos. A eso se añade que el Apocalipsis no promete textualmente un reinado de paz, sino sólo que Satanás será atado. No se promete, por tanto, que no habrá más pecados, necesidades, enfermedades o muertes. Sólo son excluidos los tormentos causados inmediatamente por el demonio. Pero la tierra seguirá siendo valle de lágrimas, porque seguirán las tribulaciones causadas por los hombres; es lo que los milenaristas pasan por alto.

Sin embargo, la interpretación de San Agustín podría no ajustarse al sentido del texto. San Agustín y los teólogos que le siguen infravaloran los ataques que el demonio puede dirigir contra los hombres. Da vueltas alrededor como un león rugiente buscando a quién devorar (*II Pet.* 5, 8). Satanás ruge contra el descendiente de la mujer celestial, contra todos los que se aferran al testimonio de Cristo (*Apoc.* 12, 17). Pero antes del fin del mundo el diablo será atado durante algún tiempo. No sabemos cuánto durará. La expresión "mil años" alude a que será un tiempo relativamente perfecto. Se concederá a la Iglesia una posibilidad especial de desarrollo. Los cristianos tendrán que habérselas con los ataques humanos, pero no con las impugnaciones diabólicas. No es imposible que tengamos ya detrás ese momento de descanso.

Satanás ha encarcelado a muchos hombres durante la historia; al fin de los tiempos él mismo será atado. Pero poco antes de la segunda venida de Cristo al mundo se le concederá una corta libertad. Pero él abusará de ella hasta la última lucha contra la ciudad amada, contra la Igle-

sia, cuyo símbolo es Jerusalén. Empeña todas sus fuerzas en la lucha final. El vidente llama Gog y Magog al ejército de sus seguidores. Los nombres proceden de *Ezequiel* (cap. 37-39). Allí las hordas salvajes del príncipe Gog de Magog caen furiosamente sobre Israel. A pesar de su gran número serán aniquilados. A lo largo de los tiempos, Gog y Magog se han convertido en denominaciones simbólicas de los ejércitos ateos del fin de los tiempos. Todos sus esfuerzos son las últimas llamaradas del fuego que se apaga (Stauffer). El juicio de Dios irrumpe sobre los ateos guerreros con poder violento. "Cayó fuego del cielo y los devoró" (*Apoc.* 2, 9). El diablo, cabecilla de todo ateísmo desde el principio, es sometido definitivamente. Ya no se levantará más. Será arrojado para siempre de la comunidad humana a la que tiranizó y sedujo, atormentó y engañó durante tanto tiempo. Ya no habrá nada que temer de él. Ahora es aplastada la cabeza de la vieja serpiente, final y definitivamente. La promesa con que empezó la historia humana se cumple (*Gen.* 3, 15).

2. El Juez

En la Escritura es llamado *Juez* unas veces el Padre y otras Cristo. Aparece el Padre como Juez, por ejemplo, en *Rom.* 2, 5; 3, 6; 14, 10; *I Cor.* 5, 13; *Hebr.* 12, 13; *I Pet.* 1, 17; *Apoc.* 6, 10; 11, 18. Por otra parte, Cristo es llamado Juez en *Io.* 5, 22. 27-30; *Mt.* 7, 21-23; 13, 41; 25, 31-46; *Rom.* 2, 2. 3. 16; 3, 6; 14, 10; *I Cor.* 1, 8; 4, 4; 5, 13; *II Cor.* 5, 10; *II Thess.* 4, 6; 1, 5-9; *II Tim.* 4, 1; 8; 14. También en el "Credo" rezamos: "Y está sentado a la derecha del Padre y desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos." A primera vista parece que hay una contradicción. Se resuelve por el hecho de que Dios cumple y realiza sus obras por medio de Cristo y Cristo no hace más que las obras del Padre; el Padre le ha confiado el oficio de juez (*Io.* 5, 22; *Act.* 10, 42; 17, 31). Cristo al juzgar cumple la voluntad del Padre. "Yo no puedo hacer por mí mismo nada; según lo oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (*Io.* 5, 30).

Es, pues, el Padre quien dice la última palabra sobre los destinos de los hombres, pero habla por medio de Cristo, que es el eterno Verbo encarnado del Padre. Por eso tiene El la palabra en aquella hora. Lo que habla es hablado por el Padre y, por tanto, decisivo. Ante esta Palabra todos tienen que callar. Durante la historia terrena los hombres pudieron decir muchas ruidosas palabras contra El y El se calló. A la hora del juicio hablará sólo El y toda la creación tendrá que oírle.

El cielo y la tierra pasan, según el Apocalipsis. De la nada fueron llamados por Dios y tenían que servir al hombre, que debía ser señor suyo y administrarlos según el mandato del Señor. El hombre se rebeló contra Dios al principio de la historia e incorporó la creación a su rebelión; ahora tiene que sentir lo que hizo en el mundo, que fué por su causa entregado a la caducidad (*Rom.* 8, 7-13). Como ahora se levanta el rostro de Dios desde su ocultamiento, el mundo, entregado a la caducidad, no puede subsistir en su forma actual. No puede soportar la santa faz del Omnipotente, que irrumpe como fuego devorador sobre el mundo. Ante la omnipotencia de Dios se revela su inseguridad y debilidad. De ello se deduce, para los que creen en el mundo y que ahora están ante el juicio de Dios, que ya jamás podrán encontrar sosiego y consuelo, protección y paz, porque les ha abandonado la tierra que lo era todo para ellos, que era para ellos lo que debía haber sido Dios. Y así, la derrota de la criatura es la privación de todas las posibilidades de existencia.

Pero también es un consuelo. La tierra no será testigo de la vergüenza y debilidad de su señor.

La tercera razón de la silenciosa huída de la tierra es el hecho de que ya no tienen ninguna razón de existir y, por tanto, no puede justificarse su existencia. Ya no puede prestar su servicio al hombre. Desde el día del juicio el hombre ya no puede ser su señor en la forma en que lo era antes. Los cristianos sufren una transformación, a consecuencia de la cual la tierra ya no es el lugar apropiado para ellos. Los enemigos de Cristo sufren también una transformación y se hacen tan informes, deformes y desfigurados, que tampoco se ajustan a la forma actual del mundo.

Después de la huída del cielo y de la tierra lo único que se ve en el espacio infinito—según la visión de San Juan—es el trono blanco y quien se sienta en él como juez de vivos y muertos, ante el que se reúnen, silenciosos, todos los muertos para oír su sentencia. Desnudos y sin protección deben resistir todos la mirada escrutadora de Dios; es la mirada de la verdad que todo lo traspasa; ilumina al hombre hasta los últimos rincones de su ser y nada quedará oscuro (*I Cor.* 4, 3-5). Entonces se revelará el amor y el egoísmo de los hombres. Nada será pasado por alto ni olvidado. Los “libros” que son abiertos son símbolos de la justicia de Dios que todo lo ilumina. Todo lo hecho, dicho, sucedido, faltado y omitido está ante Dios. Quien no esté en el libro de la vida, será condenado.

El libro de la vida es el libro del cordero degollado (*Apoc.* 13, 8). La inclusión en los demás libros no basta. Esto significa que de cualquier modo que se haya hecho una vida, ante el juicio de la verdad de Dios sólo tendrá consistencia si ha sido cumplida en comunidad (consciente o inconsciente) con Cristo. Pues sólo por Cristo llega el hombre al Padre (*Io.* 4, 6). La decencia y humanismo naturales—si es que pueden darse—no sirven para librarse de la condena; sin Cristo el hombre permanece en tinieblas (*Rom.* 13, 12); sin Él la vida está muerta (*Hebr.* 6, 1; 9, 14).

Ante el Juez desaparecen las diferencias de rango. Los poderosos de la historia no serán más que los pequeños y desaparecidos.

3. *Medida del juicio*

La *medida del juicio*, su canon y ley, es el amor, pero no cualquier amor, sino el amor de Dios revelado en Cristo; un hombre se libra de la condenación en la medida en que se ha dejado configurar por ese amor. Cristo es la norma según la que el Juez dará la última sentencia; no serán norma ni el bien y mal en general, ni la idea del bien y del mal, ni un valor impersonal. La relación con la persona viva de Cristo, con el Señor histórico y glorificado, decidirá el último destino. El amor a Cristo se realiza en el amor a los hermanos. Viceversa: todo amor efectivo a un hermano es amor a Cristo y toda negación de ayuda a un hombre es en definitiva negación hecha al Señor.

Cristo es el prototipo y conjunto de todo lo verdadero y bueno (cfr. §§ 44 y 152); por esa razón esta definición personalista de la salvación y condenación da al principio del bien y del mal la última explicación y su seriedad absoluta.

El “sí” a Cristo es afirmación del bien, y el “no” a Cristo es negación del bien, del bien absoluto que es Dios mismo y no sólo de una imagen o principio abstracto. El hombre es bueno en la medida en que se asemeja a su modelo. Su medida es Cristo, Verbo de Dios, hecho hombre.

El juicio consiste, por tanto, en que el hombre es valorado según la norma absoluta que es Cristo. El amor, santidad, justicia y verdad que se revelaron en Cristo irrumpen sobre el hombre en el juicio. Ante esa irrupción, lo no santo y lo insincero no pueden subsistir. Mientras dura la historia, Dios se contiene el hombre pecador puede existir a pesar de su contradicción. Pero en el juicio

final la santidad y verdad de Dios se revelarán en su absoluto poder. Vendrán sobre los hombres como "fuego devorador". En la imagen del fuego simboliza la Escritura la fuerza con que caen la santidad y verdad de Dios sobre el hombre pecador; tendrá que perecer. Si el hombre está dominado por la mentira hasta tal punto que ella es su principio vital, será condenado. Si lo no santo e insincero sólo llenan fugazmente algunos estratos del hombre, la verdad y santidad de Dios lo superarán.

Guardini describe el proceso de la manera siguiente:

"La verdad es el fundamento de la existencia y el pan del espíritu. Pero en el espacio de la historia humana está separada del poder. La verdad vale, el poder fuerza. A la verdad le falta el poder inmediato, tanto más cuanto más noble es. Las verdades pequeñas tienen todavía poder, porque confirman el impulso y la necesidad; pensamos, por ejemplo, en las que afectan a nuestras inmediatas necesidades de existencia. Cuanto más alto rango compete a una verdad, tanto más débil se hace su fuerza inmediatamente eficaz, con tanta mayor libertad debe abrirse a ella el espíritu. Cuanto más noble es la verdad, tanto más fácilmente es orillada por las grandes realidades, o ridiculizada, tanto más se atiene a la caballería del espíritu. Esto vale de toda verdad, pero en sentido especial de la verdad santa. Corre el peligro de escandalizar. Tan pronto como entra en el mundo depone ante sus puertas la omnipotencia y llega en la debilidad de la figura de los siervos. No sólo porque es altísima en rango y según la ley que hemos dicho tiene que ser, por tanto, la menor en poder, sino porque viene de la gracia y amor de Dios, llama a conversión al hombre pecador y excita en él la rebelión precisamente por eso. Así pudo suceder lo que dice San Juan en su Evangelio: "En El estaba la Vida y la Vida era la Luz de los hombres, y la Luz alumbró en las tinieblas y las tinieblas no la aceptaron. Estaba en el mundo, y el mundo fué hecho por ella y el mundo no la reconoció" (Io 1, 4-5). Pero algún día la verdad y el poder se unificarán. La verdad tendrá tanto poder cuantos sean su validez y valor. Cuanto más alto sea el sentido de una verdad, tanto más poderosa será en su imperio. ¡Enorme suceso! ¡Cumplimiento de todos los anhelos del espíritu! La infinita verdad de Dios. Infinito poder. La santa verdad de Dios: santo, conmovedor, revolucionario, devorador poder. Estallará, fluirá a torrentes, dominará todo. ¿Y cómo ocurrirá eso? Por la palabra de Cristo. Por la palabra que hablará a la última hora de la historia y que después se mantendrá eternamente: como ley, espacio, aire, luz de la existencia definitiva. En su primera palabra la verdad era débil; débil como El mismo, hasta el punto que las tinieblas pudieron cerrarse a ella. En su segunda palabra la verdad será fuerte, como su sentido, y eso quiere decir omnipotente. Terrible suceso para quien no quiere la verdad. Todo lo nuestro que no quiere la verdad no tendrá ya espacio alguno. Ahora puede existir la falsedad, porque la verdad es débil; también el pecado puede existir porque Dios deja el incomprensible espacio que hace posible a la voluntad decidirse contra El. Ahora, por poco tiempo—tanto cuanto tarde volver Cristo—hay libertad para errar y mentir. Pero cuando la verdad se haga poder la mentira no podrá ya existir, porque todo estará lleno de verdad. La

mentira será expulsada del sentido y sólo seguirá existiendo en una forma para la que no hay conceptos: en la forma de la condenación... Pero para quien quiere la verdad, para aquellos de nosotros que anhelan la verdad..., ¡qué liberación! Le ocurrirá como a un hombre que se está ahogando y llega de una vez al aire puro. Todo lo existente florecerá, será libre y bello. Bello, pues la belleza, como Santo Tomás de Aquino dice, es el esplendor de la verdad que se hace realidad."

La verdad omnipotente es la verdad del santo amor de Dios, aparecido en Cristo. Quien esté lleno de él, resistirá el golpe que dará contra todo lo real. Si no está lleno de él, caerá en el estado que la Escritura llama segunda muerte (*Apoc.* 20, 14).

Como a la luz de la verdad de Dios destacarán los verdaderos valores, el juicio incluye la revisión de las opiniones terrenas. Puede ocurrir que uno que fué muy ensalzado públicamente sea condenado y que uno que fué condenado por todos sea muy honrado. Ya no habrá encubrimientos. Con la mirada puesta en el juicio final el cristiano debe ser reservado y comedido en el juicio sobre sí mismo, ya que es el Señor quien dice la última palabra. El cristiano tampoco debe conmoverse ante la condenación del mundo, si su conciencia le declara inocente ante Dios. Dios defenderá su causa ante el mundo. El herido sentimiento de justicia, nunca satisfecho mientras dura la historia, puede mirar esperanzado hacia ese día del juicio final. Dios hará justicia perfecta. En el caos de injusticias culpables y disculpables surge así la confianza de que un día todas las cosas y todos los hombres tendrán su derecho.

4. Efecto del juicio

El juicio final hará separación de lo malo y lo bueno (*Hebr.* 4, 12). Ninguna criatura podrá ocultarse ante Cristo Juez. Todo estará patente y desnudo a los ojos del Señor, a quien tenemos que rendir cuentas (*Hebr.* 4, 13; cfr. *Sab.* 18, 14-16). Los buenos serán liberados para siempre de la compañía de los malos y los malos serán arrojados para siempre de la comunidad de los buenos (*Mt.* 10, 22; 25, 46; *Mc.* 13, 13; 13, 20, 27; *Phil.* 1, 28; *Thess.* 1, 5-10; *Apoc.* 21, 8, 27).

5. *Circunstancias del juicio*

Nada hay revelado sobre el *lugar* y *duración* del juicio. El profeta Joel dice que Dios juzgará a los pueblos paganos en el valle de Josafat (*Joel* 4, 2. 12). Por esa razón se dice muchas veces que el juicio final se hará en el valle de Josafat, junto a Jerusalén. Pero esa determinación local tiene significación simbólica.

Se puede suponer que Dios ilumina a cada hombre para que en un momento pueda ver el paso de la historia humana y la parte de cada hombre en el transcurso total del tiempo y para que juzgue según la medida de la justicia divina. En la luz de Dios recibe el auténtico conocimiento y el impulso de someterse a su juicio.

Los *ángeles* y *santos* toman parte en el juicio. San Pablo advierte a los Corintios que llevan sus disputas ante jueces paganos, que deberían ser capaces ellos mismos de poner orden en sus querellas. Deberían ser capaces de arreglar sus asuntos terrenos sin ayuda de jueces paganos, ya que podrán hacer algo mucho más importante: tomar parte en el juicio final (*I Cor.* 6, 1-7). “¿Cómo debe entenderse esta participación en el juicio? Los “santos” serán juzgados. Pero si han podido oír de boca de Dios su sentencia de salvación, ya conocerán claramente las influencias funestas y las tentaciones de los malos espíritus en todo el pasado personal e histórico y así apartarse de ellas definitiva e irrevocablemente y arrojarlas de sí con la fuerza de la verdad y santidad divinas con que Dios mismo las arroja” (Kuss, *Comentario a I Cor.* 6, 1-7).

6. *Objeto del juicio*

Respecto al *objeto del juicio* podemos decir en general: todas las acciones y pensamientos de la criatura desde el principio hasta el fin. Pero surge una dificultad: Cada criatura en particular será juzgada por Dios—más tarde lo explicaremos—, según sus acciones y pensamientos, y será iluminada respecto al sentido de su vida particular y de la del universo. Parece, entonces, que el juicio final no tiene objeto propio.

Para resolver esa dificultad se puede decir lo siguiente: mientras que en el juicio particular el acento recae sobre la responsabilidad individual y en la balanza del juicio pesa su buena o mala

voluntad, en el juicio final pasa a primer plano el valor objetivo que hayan tenido las decisiones, pensamientos y tendencias del hombre individual. En el juicio universal también serán hechas públicas las luchas y peleas, las caídas y victorias, la obediencia y la rebelión de cada uno. Y así, todos podrán saber que la forma de existencia que Cristo manda es la verdadera y auténtica. La justicia de Dios se demuestra públicamente en su absoluto poder de recompensa. También será manifiesto, a los ojos de todos, el número de pecadores arrepentidos y perdonados. Pero no será para vergüenza suya, sino para alabanza de Dios, ya que en ellos se revelará que Dios perfecciona al hombre a través de todas sus negaciones y rebeliones. El agradecimiento a Dios y la alabanza a su misericordia crecerán con las dificultades que la voluntad salvífica de Dios haya tenido que vencer. Ante esa publicación habrá un gran asombro (*Mt.* 7, 2; 9, 11; 25, 37. 44; *Mc.* 10, 27. 31).

Pero por muy importante que sea esa publicación, lo esencial del juicio final frente al particular es la manifestación de la rectitud objetiva y de la importancia histórica de todos los acontecimientos de esta vida. Para entender esta afirmación es importante distinguir entre la disposición de ánimo en que se ejecuta una acción y su contenido objetivo; entre ambos elementos de la acción humana puede haber no sólo diferencia, sino tensión y hasta contradicción. Mientras que la cualidad de la disposición de ánimo depende de la pureza y sinceridad, de la buena voluntad del agente, el valor objetivo de la acción depende de su significación para el orden de la totalidad de la creación y, en definitiva, de su importancia para la realización del reino de Dios. Un hombre puede hacer lo malo con la mejor intención, y lo que otro hace por egoísmo puede ser rico en bendiciones.

En el juicio universal serán revelados, ante todo, la verdad y el valor de las obras culturales creadas por el hombre, con intención buena o mala, de las creaciones científicas y artísticas, de los sistemas y escuelas filosóficas, de las instituciones y leyes económicas, industriales y políticas; de las doctrinas y estructuras religiosas, del derecho y la injusticia, el poder histórico y la impotencia de las fuerzas intelectuales, éticas, religiosas y nacionales; la importancia de los encuentros de individuos y pueblos, de la lucha entre Iglesia y estado o de los grupos distintos dentro de la Iglesia, el sentido de las sectas y herejías, la significación de guerras y revoluciones. Y resultará que algo que ha parecido grande y poderoso, oportuno y lleno de bendición fué en realidad pequeño y corruptor, y mucho

de lo que pareció insignificante y sin valor, peligroso y fatal, o incluso destructor, fué en realidad poderoso e influyente, oportuno y salvador.

Se revelará también lo que de bueno y verdadero hubo en lo malo y falso y lo que de malo y falso hubo en lo bueno y verdadero. Se manifestará el sentido de los pecados permitidos por Dios y de los errores no impedidos por El, que tuvieron a veces fatales consecuencias incluso para los creyentes. Los absurdos que tanto entorpecieron la fe en Dios desaparecerán a los ojos de todos. La fe en el juicio universal es, por tanto, la fe en la definitiva aclaración e interpretación de todo lo sin sentido.

7. *Juicio de los pueblos*

Se hará juicio no sólo del individuo, sino también de los *pueblos*, porque también ellos son portadores de acciones e instituciones, de ideas y decisiones; porque son los agentes de la historia humana. El individuo puede dar a la totalidad de la historia bendición o desgracia, porque es miembro de una comunidad, su instrumento y configurador. Toda la historia es acercamiento o alejamiento de los pueblos respecto a Dios. En el juicio universal se revelará si los pueblos han cumplido la tarea que Dios les confió y en qué medida la cumplieron. Ante los ojos de todos se determinará el honor o deshonor, el valor o no-valor de cada pueblo para eterna memoria. Los pueblos, en cuanto tales, no van ni al cielo ni al infierno, pero supervivirán, honrosa o deshonrosamente, en los hombres que durante la historia pertenecieron a ellos. Puede ser que el honor de un justo sea mayor por haber pertenecido, o a pesar de haber pertenecido, a un determinado pueblo, y que la vergüenza de un condenado sea mayor por haber pertenecido, o a pesar de haber pertenecido, a un determinado pueblo.